

SEÑOR DE PIEDRA

GINA PAOLA STANZIOLA

Cuento

Desde que abrí los ojos supe que hoy sería un día diferente. Aunque me recibió el mismo cuarto solitario y el cansado sonido del viejo despertador, sabía que hoy sería diferente. Como autómatas caminé hasta la cocina, prendí la cafetera y esperé que el aroma del café me poseyera; era uno de los pocos placeres que realmente conservaba. Hacía más de cinco años que no fumaba, las grasas y azúcares me estaban prohibidos y de la compañía de un hombre no disfrutaba desde...¿cuánto tiempo había pasado?

Martín era especial, lo conocí mientras estudiaba mi maestría en logística. Desde el primer día me cautivó. Era todo un personaje, tenía un currículum interesante, buen sentido del humor y excelente dominio de la palabra. No era guapo, más bien corriente, pero su presencia se imponía. Su gusto al vestir era peculiar, más bien único, pero quizás lo que más me atraía era ese aire de misterio que lo envolvía. Nos dictó un seminario sobre técnicas de exportación, pero a mí me enseñó mucho más que eso.

Con él mi vida era un torbellino, solía contagiarme su energía e interesarme en sus grandes sueños. Ni se sabe las veces que llegó a convencerme de que en menos de un año sería millonario. Nunca he conocido a alguien más creativo y con una imaginación tan versátil. Pero no todo era perfecto. Me inquietaban sus drásticos y constantes cambios de humor y sus largas e inexplicables ausencias, hasta llegué a pensar que fuera un agente de la CIA, un policía encubierto o simplemente un descarado hombre casado. Se ganaba la vida dictando charlas, seminarios o brindando consultorías, pero no tenía auto, ni tarjetas de crédito, ni billetera y

a menudo cambiaba de celular. Un 14 de febrero le regalé un clip para sostener dinero. Era de plata y le mandé a grabar TQ+ (te quiero más), que era un juego de palabras que a menudo utilizábamos: él me decía te quiero y yo le contestaba: pero yo te quiero más. Al recibirlo se sonrió, me dio un beso y me prometió que siempre lo llevaría con él.

El tiempo fue pasando y sus crisis se acrecentaban. A veces tenía largos períodos de depresión y cada vez sus ausencias eran más seguidas, muchas veces le rogué que por favor buscara ayuda profesional, pero siempre respondía con prolongados silencios.

Un día me cansé. Acepté un empleo en otra ciudad, cambié mi correo electrónico, mi número de celular y le pedí a familiares y amigos que no le dieran mis nuevas señas. Me fue difícil apartarlo de mi vida, pero sabía que algo andaba mal y que por mi bien tenía que hacerlo. Tomé mi decisión y enterré su recuerdo en el fondo de mi alma.

El timbre de la puerta suena, es el conserje que trae el periódico. Con pereza lo recibo y me tumbo a leerlo en el sofá. El café está caliente y me revive. Sé que hoy va a ser un día diferente. Los titulares son trágicos y las fotos espeluznantes:

HELICÓPTERO SE ESTRELLA EN CALIDONIA, 11 MUERTOS (5 chilenos y 6 panameños) sobrevive el copiloto y 1 piedrero que dormitaba en el depósito del almacén impactado. Continuó leyendo: El copiloto con fuertes traumas pero fuera de peligro, el otro hombre permanece en estado de coma. No se le encontraron documentos, algunos vecinos lo identifican como un drogadicto del área, conocido como el profe. Solamente se encontró en sus bolsillos un clip de plata con las letras TQ+.

No pude seguir leyendo, las lágrimas caían con tanta fuerza sobre el periódico que borraban las palabras. Sabía que hoy sería un día diferente.

La autora es publicista y cuentista.